

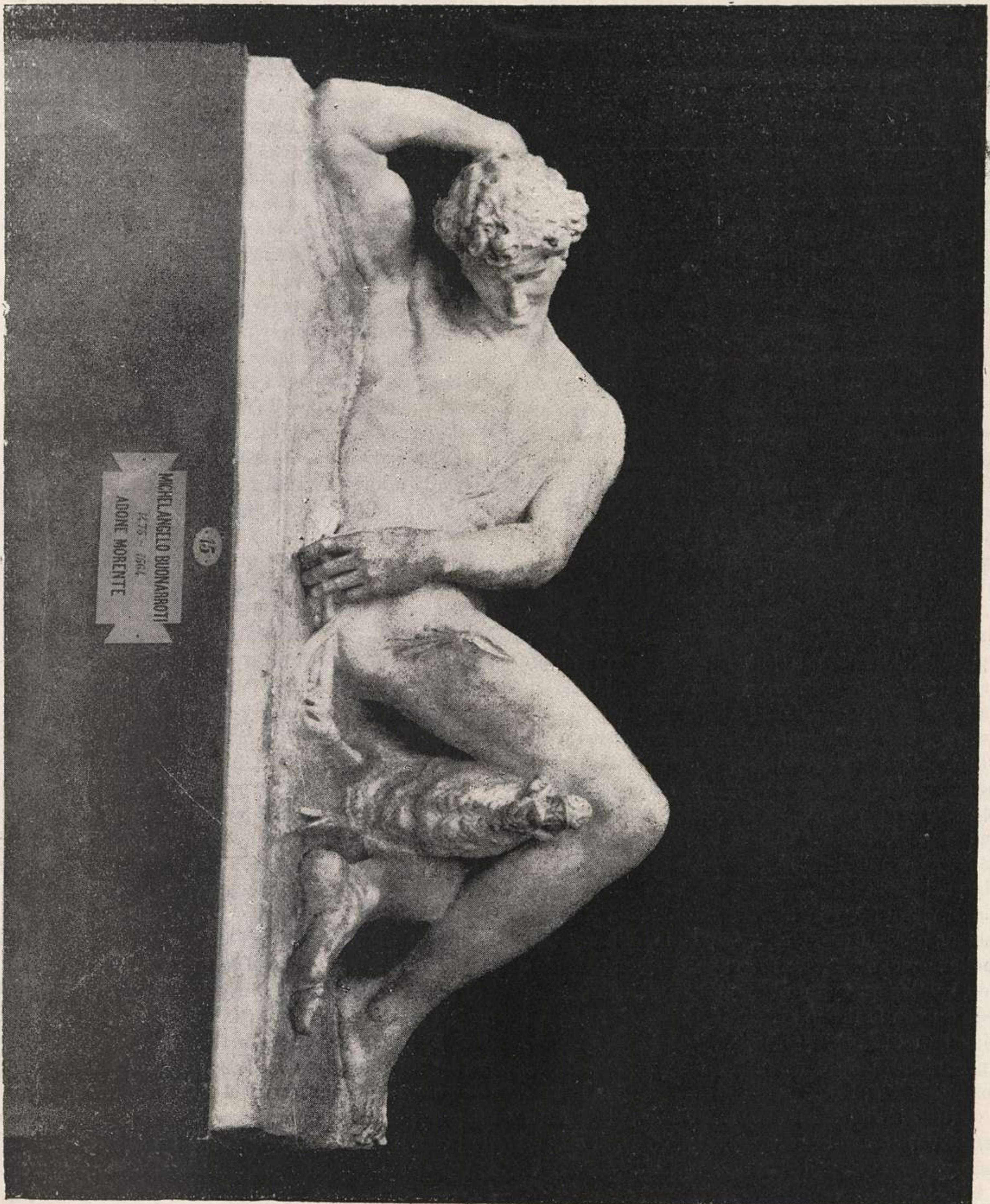
REVISTA MODERNA

ARTE Y CIENCIA.

DIRECTOR: JESUS E. VALENZUELA.

JEFE DE REDACCION: JESUS URUETA.

Tip. de Dublán.



LOS ESTUDIANTES.

Como un homenaje de justa simpatía á los estudiantes de la Capital de la República, en este número publica la REVISTA MODERNA el discurso del Sr. Urueta y la poesía del Sr. Rebolledo, números entusiastamente aplaudidos en el festival organizado por la juventud de nuestras Escuelas Superiores, y verificado la noche del 8 de Febrero de 1901, bajo la presidencia del Sr. Secretario de la Guerra, General D. Bernardo Reyes.

ARENKA A LA JUVENTUD.

¡Divina Juventud! á tí mi arte, á tí mi poesía, á tí mi amor que con sus estrofas helénicas cantará tu gloria, como canta el azul Mediterráneo la gloria de Athenas, gallarda en sus palestras, en sus anfiteatros, en sus templos, en sus festivales; con sus versos hechos estatuas; con sus diosas que bajan de la mansión venturosa á ser fecundadas por los hombres al borde de las fuentes y á la sombra de los laureles; con sus mujeres que el cincel hizo perfectas, inviolables, únicas, símbolos de la adoración que tiene la magia de convertir los pecados efimeros en eternas virtudes; con sus guerreros que hicieron resonar en la historia los parches de Tirteo y los coros de Esquilo; con sus filósofos, que como Sócrates al morir, acariciaban la undosa cabellera del discípulo para sentir en sus dedos la sensación exuberante de la juventud; y con sus poetas, que como Sófokles, bailaban brillantemente desnudos, después de Salamina, bajo los pórticos de los templos, entre la lluvia de oro y de rosas del Olimpo, mientras Perikles recitaba el panegírico de los muertos por la patria con su palabra serena de verdad, y las miradas de Aspasia se perdían en el ensueño de las olas de seda que ciñen con rumorosa caricia las islas de mármol, que como enmudecidas sirenas, asomaban sus blancos torsos para extasiarse con el himno gigantesco de la victoria y de la paz!

La Juventud, en la historia, se llamará siempre Athenas, porque es la risa, la poesía, el heroísmo, la belleza y el amor. En todas partes y en todos los tonos, se dice que ya no hay jóvenes. Bueno, pues desde que en la tierra existen viejos y jóvenes, los viejos han dicho siempre que ya no hay jóvenes. Es una manera de consolarse. La experiencia es celosa del ideal; las aves del paraíso huyen del alma cuando las floraciones se marchitan; el espíritu se encorva, como el cuerpo, y encerrado en un pequeño y cómodo lote de la vida, se tiende á descansar bajo la sombra de los recuerdos. Qué alto y escarpado se ve el porvenir! cuán lejos reculan los horizontes! qué locos los que luchan! Son pocos, muy pocos, los viejos augustos que conservan una cima intacta y fuerte sobre sus ilusiones derrum-

badas, como conserva la vieja Roma sobre sus ruinas seculares la altura del Campidoglio, coronado en la historia moderna con los resplandores de la espada de Garibaldi y con las odas triunfales de Carducci!

En cambio, la juventud no niega á sus padres, sigue fielmente la respetable máxima latina: «Semper in civitate nostra scœnectus venerabile fuit.» Las cabezas blancas son imponentes, los corazones que se derrumban son augustos, las inteligencias que tramontan son sagradas. Vosotros, con una amplia conciencia de la vida intelectual, sabeis que el título de nobleza de cada enseñanza está basado en su parentesco con la ciencia universal, pues nada se pierde, aunque parezca lo contrario, del esfuerzo creador y soberano que tantos odios emplea para fabricar un poco de amor y que tantos errores aprovecha para elaborar una poca de verdad; sabeis que se siente una satisfacción íntima colaborando en la obra común y suprema de las redenciones; sabeis que el verdadero orgullo nobilísimo es venir de muy abajo para ir muy arriba, del fango á la montaña, del rugido al salmo, del robo á la caridad, de la posesión á la adoración, del rencor á la concordia, del simio al hombre y del hombre á Dios; sabeis que la palabra pronunciada allá en el fondo de una caverna por el primer Prometeo: «pedernal, enciende!» fué repetida al cabo de miles de siglos por Miguel Angel golpeando con el martillo la testa bíblica del Moisés: «mármol, habla!»; sabeis que en todas las manifestaciones de la vida hay una extraordinaria mezcla de pasado y de presente, mejor dicho, armonía de uno y otro, continuidad no interrumpida de los sentimientos que se depuran, de las ideas que se abrillantan, de las voluntades que se fortalecen, concurriendo á la formación del tipo ideal, del hombre inteligente, bueno y bello, que conquistará el dominio, inmenso aún, del mal moral y del mal físico, poniendo su gloria en el espíritu, su grandeza en la virtud y su magnificencia en la justicia!

Oí una mañana, en uno de los anfiteatros de la Sorbona, estas palabras, que de los disertos labios del profesor Lavissee, cayeron solemnes en mi memoria: «Hubo filósofos de la historia de la humanidad. Hoy, han pasado de moda. Civilizaciones desconocidas á nuestros antecesores son descubiertas por nosotros; los misterios del Oriente son penetrados; los palacios de los reyes legendarios se transportan á las grandes capitales. La vida colosal de Roma se estudia en sus detalles; el almanaque del imperio se reconstruye; todos los personajes de la edad media, papas, emperadores, reyes, iglesias, monasterios, señoríos, comunas, son exhumados por los cronistas y los archiveros. . . . Vidas humanas, honorables vidas laboriosas, se gastan y consumen en

escribir una línea, una palabra de ese libro sin fin que es la historia de los hombres. . . . Pero nadie se vanagloriaría de comprender en su amplitud la historia entera de la humanidad. . . . Fragmentos, fragmentos, fragmentos: he aquí toda nuestra riqueza, que es una gran miseria.»

Pues bien, señores: con esos fragmentos se han hecho las guerras de la libertad; con esos fragmentos se hará la paz de la justicia. La Paz! qué aspiración! qué sueño! Y por qué no, amigos míos. Sois jóvenes, soñad. La vida es inagotable. La mirada se extravía en los orígenes y se pierde en los fines de la acción infinita. El océano es tumultuoso, inúmeros los astros, armoniosa la poesía. . . . soñad! No hemos visto surgir, en el breve instante de miles de siglos, del oscuro cerebro informe de la humanidad primitiva, habitado por negros fantasmas, la cabeza resplandeciente del Dante llena de blancas epifanías estelares?; no hemos visto elevarse á la universal comunión, el divino corazón de Jesús, formado pedazo á pedazo y fibra á fibra, por el esclavo que sufre, por el asesino que sufre, por la prostituta que sufre, por el mal que aspira al bien, por el castigo que aspira á la justicia, por la blasfemia que aspira á la plegaria, y por el amor que aspira á Dios? Si eso hemos visto, por qué desesperar de la obra común del arte y de la ciencia, que mientras más trabajan más fuertes son, y que con los formidables arreos de Marte harán el cetro de la nueva divinidad serena y limpia?—No importa que trágicamente irrisorio, el armipotente Nicolás—rey de reyes como Agamemnon—arrojara su casco de águilas negras en la asamblea cobarde de la Haya. No importa que el mundo ruja aún: ya cantará!—Viéneme á la memoria que en la anarquía del Siglo undécimo, cuando reinaba el derecho del puño y cada puño afianzaba una cuchilla, los obispos de toda la cristiandad se reunieron en concilios, repitiendo la misma palabra: *paz! paz!* Diciéndola, se entusiasmaban, y en uno de esos concilios, exaltándose hasta el paroxismo con su idea sublime, se levantaron de sus asientos blandiendo los cayados pastorales y gritando: *paz! paz!* De todos los ámbitos del mundo nos llega la voz de la concordia, el verbo del amor, que pasa sobre las cabezas de los atridas como ave sagrada de presagio, y que de Francia fraternal, de Rusia mártir, de Suecia humana, de Alemania alerta y aun de Inglaterra pérfida—ay, no puede ser buena!—brota ardiente, sonoro, ensordecedor, como si convertido en Lira Profética, el corazón humano acordara en un himno los gritos de todos los dolores y las músicas de todas las esperanzas!

Con esos fragmentos se han hecho *las patrias*; con esos fragmentos se hará *la patria*. Nuestro Renan escribió: «Una nación es una alma, un principio espiritual. Dos cosas, que, á la verdad, son una sola, constituyen esta alma, este principio espiritual. Una está en el pasado, otra está en el presente. Una es la posesión en común de un rico legado de recuerdos, la otra es el consentimiento actual, el deseo de vivir juntos, la voluntad de continuar dando valor á la herencia que se ha recibido indivisa. Una nación es una gran solidaridad, constituida por el sentimiento de los sacrificios que se

han hecho y de los que se está dispuesto á seguir haciendo. La existencia de una nación es un plebiscito diario, como la existencia del individuo es una perpetua afirmación de la vida. Se ama en proporción de los sacrificios consentidos, de los males sufridos. El sufrimiento en común une más que la alegría; en materia de recuerdos nacionales, los duelos valen más que los triunfos.»

El divino maestro no quiso penetrar en la humanidad, no empujó las puertas de oro de la ciudad futura, y temeroso de convertir su fe en superstición, limitó su esperanza para no parecer iluso. Las ilusiones de hoy pueden ser las verdades de mañana. Por qué limitar el alma, el principio espiritual? por qué limitar el pasado repleto de ruinas y el presente fecundó de actividades? por qué limitar los sacrificios hechos y los sacrificios por hacer? por qué limitar el amor y los recuerdos? por qué limitar los duelos y los triunfos? Si la herencia, el rico legado, la hemos recibido todos, porque todos tenemos derecho al bien, porque todos tenemos derecho á la verdad, porque todos tenemos derecho á la belleza; si el sol calienta á todos y á todos nutre la tierra y á todos corona el arte y á todos exalta el amor; si los duelos son comunes y comunes las alegrías y comunes los brotes de la sangre y comunes los salmos del sacrificio y comunes los resplandores de la gloria; si somos, en conjunto, como mundo, pequeñísimos, por qué vamos á dividirnos de montaña á montaña, de río á río, de océano á océano, de cerebro á cerebro, de corazón á corazón, cuando estamos juntos para siempre en la armonía infinita, en la ciencia, en la moral, en el arte, en la patria sin espacio y sin tiempo, en el cosmos, en el divino universo, sin podernos desprender del Sol, que no puede desprenderse de Sirio, que no puede desprenderse de Dios, que no puede desprenderse de la unidad, que no puede desprenderse del amor, sin que todo ruede en el desquiciamiento del odio, como rueda el Rebelde de peña en peña, de vórtice en vórtice y de maldición en maldición!

Esos fragmentos de historia hicieron la libertad política con el triunfo legítimo de la burguesía; esos fragmentos harán la libertad económica con el triunfo inminente del proletariado que surgiendo de los más hondos, de los más viejos dolores de la humanidad, asoma la cabeza sobre las iniquidades del siglo y clama revindicación! Volveremos, después de muchas andadas, cambios y revoluciones de todas clases, á ese estado en que los pueblos eran ejércitos y hacían la política con sus instintos; en que la asamblea de los guerreros votaba la guerra y partía para la guerra; en que aquellos que deliberaban eran también aquellos que morían. El gobierno, que pasó de los pueblos á los reyes, volverá de los reyes á los pueblos. La política no es ya lo que era en tiempo en que los talones rojos se deslizaban sobre los entarimados de los gabinetes de Versalles y de Viena. Será esto mejor? Sí. Es cierto que el instinto popular está sujeto á cóleras súbitas; pero siempre ha sido más sabio que esos ministros de antaño que ni se disputaban en los clubs ni se batían en las calles, pero que con una sonrisa exquisita en los labios, desencadenaban desastres sobre el mundo. Los pueblos tienen, al menos, dos

grandes virtudes, son sinceros y accesibles á la justicia. En las capas populares, en las más profundas, en las más áridas, es donde la idea de justicia debe ser derramada, día á día, pacientemente, gota á gota, hasta empaparlas con el fecundo riego.

Vuestra fiesta, oh jóvenes! es solemne. Precaueos de la inercia del espíritu y de la sedentariidad intelectual. Llamo inertes y sedentarios á los estudiantes de un solo estudio, que restringen su curiosidad á los programas truncos de nuestras escuelas claudicantes. Esos estudiantes se dormirán en algún empleo tedioso ó en algún oficio mecánico. No conocerán las alegrías de la vida superior. Hay una rutina en el civismo, como en la agricultura; si ésta esteriliza la tierra, aquélla esteriliza los espíritus. Para comprender nuestros deberes actuales hacia el país y hacia la humanidad, es preciso conocer nuestro estado y el del mundo, compararnos con los demás, formar nuestro juicio sobre los fines de la actividad de los hombres, y saber qué países la dirigen mejor, haciendo derramar menos lágrimas, no provocando odios y no ha-

ciendo sufrir á nadie. Y sobre todo, reid y creed, aun contra la realidad, coronados de mirto, con la copa de ambrosia en la mano y el epitalamio fresco en los labios. Que vuestros ideales, el ala desplegada, vayan lejos, á vagar sobre las olas rumorosas del Mediterráneo, que con los innúmeros barcos de guerra, de vela y remo que lo han surcado, llevó tantas ideas y tantos sentimientos, como intermediario y como conciliador, mezclando la antigüedad oriental, la antigüedad helénica y la antigüedad romana en su ánfora de azur, para componer una civilización siempre joven, porque está hecha de arte, de ciencia y de libertad!—Y viendo caer en la muerte, es decir, en la vida, un siglo—«ave de paso de la eternidad,»—fuertes del pasado, poderosos del presente y llenos de fe en el porvenir, unid vuestras voces entonadas y viriles al coro que en el fondo de la Historia, bajo los pórticos blancos, dirige Sófokles, brillantemente desnudo, entre las palpitaciones de oro de las abejas platónicas y los rayos de gloria del astro heleno!

JESÚS URUETA.

POEMA CICLICO.

Entre un fragor de trueno pasó el desfile heroico:
Chocaban los estoques, sonaban los tropeles,
Flotaban las banderas, temblaban los laureles,
Y bravos caballeros, todos de porte estoico,
Pasaban, y pasaban en rápidos corceles.

El aire estaba lleno de toques de clarines,
De rojos estandartes y flámulas de raso,
Y allá en la línea vaga y azul de los confines,
En medio de las nubes violetas del Ocaso
Perdíanse los fuertes y raudos paladines.

Y ¿qué era aquel estruendo, qué aquel rumor de ola,
Qué aquellos estridentes clamores de campaña,
Quiénes los jefes nobles y la falange extraña
Que simulando un monstruo de formidable cola
Salvaba el escarpado talud de la montaña?

Aquel era el desfile solemne hacia el Pasado
De un siglo que cantaba sus glorias y fatigas,
Y se escuchaba el eco monótono y ritmado
De la imponente marcha, y en el confin dorado
Brillaban como antorchas los cascos y lorigas.

Iban invictos reyes con férreas armaduras,
Poetas cuyos cantos vibraban como un trino,
Matronas venerables de blancas vestiduras,
Y sabios majestuosos de quietas aposturas
Y graves oradores de verbo sibilino.!

León Trece volcaba sus cálices de bienes,
Bismark el inflexible y Bonaparte el duro
Montaban fieramente sus broncos palafrenes,
Y Byron, el más grande, marchaba en el obscuro
Sendero con un nimbo de rayos en las sienas.

Y luego los anónimos, después los infelices,
Después las muchedumbres mermadas y confusas,
Los Odios contemplando sus frescas cicatrices,
Y todas las Venganzas irguiendo las cervices,
Y una legión colérica de desgarradas blusas.

Marchaba el siglo hermoso con su botín de gloria
Al frente de sus hijos robustos y bizarros,
Y abriendo con su lanza los gonces de la Historia,
Entraba conduciendo sus relucientes carros
Entre himnos retumbantes y dianas de victoria.

Tendidos en el campo quedaban los protervos
Ladrones de coronas, los amos de los siervos,
Los déspotas segados por los puñales rojos,
Y enmedio de la arena sembrada de despojos
Rondas de orlados buitres y de voraces cuervos.

Y aquel egregio Siglo batallador y fuerte,
Magnífico en la Ciencia y exótico en el Arte,
Pero caduco al cabo, dobló la testa inerte,
Y se arrojó al misterio, y se entregó á la muerte
Envuelto en la mortaja triunfal de su estandarte.

Y, ¿qué sentiste entonces, Humanidad, qué anhelo
Tuviste en las tinieblas de aquella noche rauda,
En que miraste llena de luto y desconsuelo
Que muchas de tus rosas rodaban en el suelo
Barridas por los paños de una crujiente cauda?

¿No viste á muchos sueños volar hacia el Olvido,
No te sentiste herida por dagas de tristeza,
No desgarraste en signo de duelo tu vestido,
Ni te mesaste el largo toisón de la cabeza,
Ni te arrojaste al polvo privada de sentido?

Y cuando consumiste la copa de tu justo
Dolor, ¿no viste un Orto de resplandor poético,
Y enmedio de sus luces al Campeón agosto
Que levantaba el brazo con ademán adusto
Y dominaba el orbe con su mirar profético?

Oh! sí! sí lo miraron con ansia tus pupilas,
Miraste si al naciente Siglo avanzar delante
De las Quimeras blancas y los Ensueños lilas,
Y oiste la trompeta rotunda y deslumbrante
Que te arrastraba al grueso torrente de sus filas.

Observa al Mensajero: viene con un legado
De redentora Ciencia y de Arte sin pecado,
De zumos de placeres y bálsamos de duelos,
Y alzándose del hondo sepulcro del Pasado
Lo colman de presentes los Siglos sus abuelos.

Y vanse victoriosos: despunta la tranquila
Figura del Primero, su blonda cabellera
Es la de Cristo, y vierte bondades su pupila;
Después el rudo Quinto se lanza á la carrera
Trayendo á la memoria los impetus de Atila.

El Décimo medroso, metido en su sudario,
Y huyendo del horrible fantasma del Infierno,
Desgrana en sus huesosas falanges un rosario,
Y siguen sus pisadas en desfilas eterno
Los briosos Doce y Trece que vieron el Calvario.

El gran Quince de Italia, de soñadora frente,
Seguido de una corte de blancas esculturas

Desfila sosteniendo su tiara refulgente,
Y en su gloriosa marcha desliza fieramente
En gradas de alabastro sus regias vestiduras.

El trágico Dieciocho, de pie entre las pavesas
De la opresión, desliga sus águilas francesas,
Y lleno de amenazas y con su gorro frigio,
Soberbio y deslumbrante de gloria y de prestigio
Avanza entre dos filas de augustas Marsellesas.

Y con los pies cubiertos de polvo, y con las manos
Heridas, repartiendo la muerte á los tiranos,
Mostrando á los desnudos la ruta hermosa y breve,
Y abriendo un surco de oro, se va con sus hermanos
Entre un clamor de voces el púgil Diecinueve.

Estos viriles Siglos han sido los Mayores
Del poderoso Veinte que agita su bandera
Reuniendo á las falanges de invictos luchadores,
Y al son de sus fanfarrias y al son de sus tambores
Traspone con la Aurora la abrupta cordillera.

Y pues que ya cerraste la gruta funeraria
De tus ilustres Manes; pues que tu cáliz lleno
De luto has derramado, recita tu plegaria,
Y al recorrer la estepa desnuda y solitaria
Sigue á Zola, el Valiente, y oye á Tolstoi, el Bueno.

Y ahora á la batalla: riega la dura arcilla
Con tu sudor fecundo, recoge la gavilla
De granos de oro, bota tu nave á los estuarios,
Mueve tus grandes máquinas, y arroja tu semilla
De sueños á la tierra de fértiles ovarios.

Torna al combate rudo; piensa, fecunda, siente;
Exprime tu cerebro; sigue tu austera vida;
Lacera y despedaza tu corazón valiente;
Junta tu llanto acerbo, cuaja tu sangre ardiente
Y enclaustra en el estudio tu juventud querida

Y allá brilla la Nueva Jerusalem, la Santa
Ciudad de tus anhelos; allá en el horizonte
Relucen sus baluartes y pórticos; mas, ¡cuánta
Sangre caliente y roja derramará tu planta
En las hostiles peñas para escalar el monte!

Allá están sus almenas, atrás de la espesura
Tupida de jaguares; allá tras esa falda
De enmarañado cerro, salvando la bravura
De las crueles rocas, encontrarás la pura
Ciudad de muros de oro, de jaspe y de esmeralda.

Allí exultarán todos, allí comerá el falto
De bienes y el magnate, verán los que no han visto,
Y al resplandor del cielo de plata y de cobalto,
Más alto que las cumbres, y con su cruz en alto,
Congregará á los hombres el nuevo Jesucristo.

Enero de 1901.

EFRÉN REBOLLEDO.

“EL MANTO DE PENITENCIA.” (*)

«COMEDIETTA» JAPONESA EN UN ACTO

TRADUCIDA DEL JAPONÉS POR JOSÉ JUAN TABLADA.

DRAMATIS PERSONÆ:

Un Marido.—Su Mujer.—Tarókasha (criado de ambos)

La escena representa el salón de una casa particular en Kiyauto; á la izquierda, *junto* al exterior de la casa, un camino practicable que se pierde en el fondo de la escena

ESCENA I.

El Marido. Soy un habitante de los suburbios de la metrópoli y acabo de hacer una expedición á las provincias del Este. En una de las jornadas de mi viaje, en la aldea de Nogami, llegué á una «Casa de Thé» y fui servido por una linda muchacha llamada Hana, que habiéndome oído hablar de mi regreso inmediato á la capital, me ha seguido hasta aquí, instalándose en Kira-Shirakaha, adonde me espera esta misma noche, según halagadora promesa que me ha hecho por escrito. Pero la zorra de mi mujer ha olfateado el asunto y va á hacer muy difícil mi aventura.... Por lo tanto, pienso llamarla y contarle alguna eficaz fábula para que me deje libre.... Eah! eah! Está Ud. ahí, está Ud. ahí....

ESCENA II.

La Mujer. Parece que se ha servido Ud. llamarme.—¿Puedo saber el motivo?

El Marido. Sí; escuchadme....

La M. Espero vuestras órdenes.

El M. El motivo porque os he llamado es bien sencillo; quiero deciros lo mucho que mi espíritu ha sido últimamente mortificado por los continuos sueños que he tenido. Por eso os he llamado....

La M. Hablais por demás. Los sueños proceden de trastornos orgánicos y nunca se realizan.... de modo que haceis mal en mortificar vuestra mente sólo por eso.

El M. Casi teneis razón. Los sueños proceden de trastornos del organismo y no se realizan nueve veces en diez.... Sin embargo, los míos me han afectado tanto que pienso hacer alguna peregrinación para ofrecer oraciones en vuestro nombre y en el mío.

La M. Y á dónde iriais?

El M. Pienso (además de los de la ciudad y suburbios) visitar cada templo Budhista y cada capilla Shintoista de los que existen en la provincia.

(*) En el original la pieza se titula: «Za-Zeñ» (Abstracción), pero tan idóneo y más gráfico me parece el título con que hoy la publico.—J. J. T.

La M. No, no! No permitiré que abandoneis la casa ni una hora! Si de veras estais decidido podeis elegir alguna devoción practicable dentro de casa....

El M. Alguna devoción practicable dentro de casa? Quereis decirme, como cuál?....

La M. Quemar, por ejemplo, incienso sobre vuestra cabeza ó vuestro brazo....

El M. Hablais á tontas! Tal devoción es demasiado para un seglar como yo!

La M. Pues no he de tolerar penitencia alguna que no pueda practicarse dentro de casa!

El M. Bueno, yo tampoco! No teneis precio para hablar á trochemoche.... Qué penitencia, pues? Dádmela! (Reflexiona algunos instantes) Ah! la he hallado! Haré la penitencia de la Abstracción!

La M. Abstrac.... Abstrac.... qué?

El M. Abstracción! Es natural que no esteis familiarizada con el término.... Es una penitencia que practicó en vida el santo DARMA (bendito sea!); poneis vuestra cabeza bajo lo que se llama el «Manto de Penitencia» y obteneis salvación si lograis olvidar todas las cosas pasadas y por venir (aparte). Una bien difícil penitencia!

La M. Y cuánto tiempo dura?

El M. Bueno; pues una semana ó.... dos.

La M. Eso no es posible; son muchos días!

El M. Entonces cuánto tiempo quereis conceder, sin quejaros?

La M. Pues á mi juicio una hora bastaría; pero, en fin, si quereis emplear un día, hacedlo enhorabuena!

El M. Imposible! Esa importante penitencia no es cosa tan sencilla para caber en los limites de un solo día! Tal vez.... concediendo un día y una noche....

La M. ¿Un día y una noche?

El M. Sí....

La M. Pues aunque no aplauda mucho la idea, si con eso os basta, tomad un día y una noche para vuestra penitencia!

El M. ¿De veras?

La M. Sí; de veras!

El M. Oh! eso es delicioso! Pero tengo algo que deciros: sabed que si alguna mujer impulsada por su excesiva curiosidad atisba, escucha ó entra al cuarto en que el devoto se mantiene, el encanto de la penitencia se rompe al instante. Por lo tanto, es necesario que no llegueis adonde yo esté....

La M. Muy bien! No me acercaré; practicaad vuestra penitencia donde gustéis....

El M. Bueno! Entonces volveremos á vernos cuando esté felizmente cumplida.

La M. Tendré el placer de veros una vez terminada!

El M. } Adios!
La M. } Adios! (Ella se dirige á la puerta).

El M. Eh! . . .

La M. Qué deseais?

El M. Como os dije ya, acordaos que no hay que acercarse adonde estoy. El texto Budhista dice terminantemente: «Basta que un gato entre á la cocina para que el ser arrebatado por la abstracción, sea una imposibilidad.» De modo que por ningún motivo os acerqueis á mí.

La M. No tengais el menor cuidado. Ni siquiera pienso en hacerlo.

El M. Bueno; entonces cuando la devoción se cumpla volveremos á vernos.

La M. En cuanto termine tendré el placer de veros.

El M. } Adios!

La M. } Adios!

ESCENA III.

El Marido (riendo). De veras que son tontas las mujeres! Pensar que se regocija creyendo cierto que voy á hacer penitencia una noche y un día! Eah! Tarókasha, Tarókasha!

El Criado. Señor!

El M. Estás ahí?

ESCENA IV.

El Criado (entrando). Para servir á Ud!

El M. Mirate! Qué pronto has venido!

C. Parece que el amo está hoy de buen humor.

El M. Cómo no he de estarlo! Figúrate que Hana me ha dado una cita en su casa para esta noche. Pero como mi vieja ha olfateado algo, mi aventura se dificulta. . . . Y he tenido que decirle que voy á entregarme á la penitencia de la Abstracción durante una noche y un día. . . . Buena invención, ¿verdad? . . . Para llevar á cabo mi plan de ver á Hana! . . .

C. De veras! es buena la invención!

El M. Pero para llevarla á cabo, necesito que tú me ayudes un poco. . . . Cuento contigo, ¿verdad?

C. Dispensadme; pero quisiera saber cuál sería mi ayuda.

El M. Oh! muy sencilla. . . . es que le he dicho á mi mujer que no se mezcle para nada en mis devociones; pero siendo tan zorra como es, quién sabe si no se ponga á espiar? En cuyo caso armaría un mitote si no viera alguna señal de penitencia. . . . Por eso aunque dándote una gran molestia quisiera que me hicieras favor de tomar mi lugar hasta mi vuelta.

C. Oh! no sería molestia; pero llevaría tal regañada si la verdad se supiera, que mejor quiero rogaros que me dispenseis. . . .

El M. Qué disparate! Hazme el favor de tomar mi lugar y te prometo que no permitiré que te regañen!

C. Sí! todo está bien; pero suplico á Ud. que por esta vez me dispense. . . .

El M. No, no! Harás esto por mí y no permitiré que te toquen un pelo.

C. Dispensadme, por favor os lo ruego!

El M. Por los «Kamis»! Este teme lo que mi mujer haga y no me teme á mí. Sabes que me estás encolerizando con tu terquedad.

(Le amenaza con pegarle).

C. Oh! Pues tendré que obedecer.

El M. No, no! tú te burlas de mí!

C. Oh! no señor! No hay más remedio que obedecer.

El M. ¿De veras?

C. De veras, sí!

El M. Bueno, pues entonces hazme el favor de tomar mi lugar.

C. Porsupuesto; lo haré puesto que lo mandais.

El M. Muy bien, muy bien. Estate quieto mientras yo arreglo lo necesario para ponerte en abstracción.

C. Sereis obedecido.

El M. Vamos! siéntate aquí.

C. Muchas gracias; es mucha honra!

El M. Bueno; ahora aunque temo que sea algo incómodo, hazme el favor de poner tu cabeza debajo de este «manto de penitencia»

C. Sereis obedecido!

El M. Bueno! casi está por demás recomendártelo; pero si á la vieja se le ocurre decirte antes de mi regreso, que saques la cabeza del «manto de penitencia,» no lo hagas, por nada!

C. Por supuesto que no. No me descubriré por nada; no tengais cuidado!

El M. Pronto volveré.

C. Por favor; no tardeis demasiado!

ESCENA V.

El Marido. Por fin he despachado! Sin duda Hana me espera con impaciencia! Me daré prisa por llegar!

ESCENA VI.

La Mujer. Soy el ama de esta casa. Comprendí perfectamente mi papel desde que ese intrigante me pidió que no me acercara á él pretextando la tal penitencia.—Pero hay algo sospechoso en esa marcada insistencia con que me repitió «De modo que por ningún motivo os acercaréis á mí!» Por lo tanto, voy á espiar ligeramente por un rincón para ver cómo anda la casa. (Espiendo) ¿Qué es eso? Vamos que parece más incómodo de lo que yo me figuraba! (Entrando y acercándose).

Dispensadme, por favor. . . . me habiais dicho que no entrara y jamás lo hubiera intentado; pero estoy ansiosa, llena de cuidado y por eso he venido. . . . No quereis salir de ese manto de penitencia y tomar algo, aunque sea una taza de thé, para dar algún descanso á vuestra mente? (La persona bajo el manto sacude negativamente la cabeza). Haceis muy bien! Mi desobediencia entrando aquí después de tan terminantes recomendaciones puede haber provocado vuestro enojo; pero dignaos excusar mi atrevimiento y quitaos, para descansar, ese manto! (La persona vuelve á sacudir la cabeza

con energía). No debeis obstinaros y decirme que no á porfia, pues deseo que os quiteis eso. Vamos, arrojadlo! ¿Me oís? (Ella arranca el manto y Tarókasha aparece). Cómo? tu aquí, canalla? Dónde está mi marido? No respondes? Me has oído?

ESCENA VII.

El Criado. Ay! mi ama! yo no sé nada!

La Mujer. Oh! Estoy furiosa! La rabia me sofoca. De seguro que se ha ido á casa de esa mujer! Y tú por qué no contestas? O me respondes ó te hago trizas!

El C. En ese caso lo confieso todo! El amo se ha ido á casa de la Srita. Hana!

La M. Cómo! De la *Señorita*, dices? Di mejor de la harpia! Oh! qué rabia! De veras ha ido á casa de la tal Hana?... De veras!

El Criado. Si señora, muy de veras!

La M. Oh! Cuando oigo que ha ido en casa de esa, me quema la ira! Ah bribón! Ah hipócrita! (Estalla en gritos y sollozos).

El C. Si, mi ama, teneis razón para llorar!

La M. Ah! No te me hubieras escapado si me hubieras querido engañar; pero puesto que todo has confesado, te perdono! Puedes levantarte!

El C. Gracias! mil gracias! Sois muy buena!

La M. Ahora cuéntame: Cómo estabas aquí?

El C. El amo me ordenó que me colocara en su lugar y aunque me repugnara, no podía hacer nada más que obedecer.

La M. Naturalmente! Ahora me vas á prestar tu ayuda.... ¿quieres?

El C. Decidme para qué; os lo ruego!

La M. Es muy sencillo; vas á arreglar el manto sobre mí del mismo modo que tú lo tenias, ¿eh?....

El C. Oh! Vuestros deseos son órdenes; pero llevaría tal regañada si la verdad se supiera, que mejor quiero rogaros que me dispenseis!

La M. No, no! No le permitiré que te regañe; pero arréglame, anda!

El C. Por favor! dispensadme, os lo ruego!

La M. No, no! tienes que arreglarme y te prometo que no permitiré te toque un pelo!

El C. Bueno, entonces, si él quiere maltratarme cuento con vuestra intercesión!

La M. Por supuesto! Intercederé por tí; pero arréglame; vamos!

El C. En ese caso, hacedme el favor de sentaros aquí.

La M. Perfectamente.

El C. Temo que sea incómodo, pero teneis que colocar la cabeza bajo esto....

La M. Hazme el favor de arreglarme de modo que no se note la menor diferencia entre nosotros.

El C. Jamás lo notará. Así está divinamente.

La M. Divinamente?

El C. Si....

La M. Bien! entonces puedes irte á descansar!

El Criado. Sereis obedecida!

La M. Oye, Tarókasha!

El C. Sí, señora.

La M. Aunque salga sobrando el decirtelo, cui-

dado con ir á decirle que soy yo quien está aquí.

El C. Por supuesto que no. Buen cuidado tendré de no hacerlo!

La M. He sabido que hace tiempo deseas un cinturón de seda. Te daré uno que yo misma he bordado....

El C. Ah! qué buena sois!

La M. Ahora, véte á acostar!

El C. Sí, señora!

ESCENA VIII.

El Marido (avanza desde el fondo del camino en dirección á la casa, cantando lo siguiente):

Campana de media noche!
Alondra de triste canto!
Os escucha indiferente
El que duerme solitario....
Pero qué tristes resuenan
Esos sones y esos cantos
Si una hermosa ha desceñido
Su cinturón de damasco!....

*
*
*

No se borra de mi mente
Su rostro risueño y pálido
Ni sus rizos por el sueño
Y el amor desordenados,
Cual del sauce los festones
Entre la brisa flotando....
Cual las ansias de mi ardiente
Corazón enamorado!....

Y aunque como va el mundo, eso sucede raras veces, lo cierto es que la linda Hana á cada instante me preocupa más y más:

Cuando miré á mi Hana la vez primera
Fué en la estación florida de Primavera
Y aunque miles de flores ahí veía
Era la flor más linda la niña mía!

Muy bien! muy bien! Heme aquí hablando como en sueños, hecho un loco y mientras ese pobre de Tarókasha está de seguro desesperado porque llegue. Hay que darse prisa! Y qué tal me habrá substituído? La verdad es que estoy algo intranquilo.... (*Entra á su casa*). Hola, hola, Tarókasha. Ya volví ¿eh? Ya estoy de vuelta! Heme aquí.... ¡Pobre muchacho! el tiempo se te ha de haber hecho bien largo, ¿no? Ahora (sentándose) ya voy á quitarte el manto de penitencia; pero antes quiero contarte lo que Hana me ha dicho, por supuesto si quieres oírlo.... Quieres, eh? (señales de asentimiento bajo el manto). Ah! bueno! Puesto que lo deseas, voy á contártelo todo: Pues me di cuanta prisa pude, pero aun así ya era entrada la noche cuando llegué y me disponía á llamar preocupado con la ansiedad de Hana que en su soledad pensaría quizás con el poeta chino:

Me prometió venir, mas no ha llegado,
Triste escucho sonar hora tras hora....
Ese rumor que en el silencio implora
Es el viento ó es la voz de mi adorado?....

cuando de pronto escuché una voz dulcísima que cantaba en sordina como temiendo ser oída:

Llega pronto amor mío!
Entre los pinos vaga
Gimiendo el viento frío,
Mi lámpara se apaga....
Llega pronto amor mío!

Y transido de ventura entonces, toqué discretamente la puerta, oyendo lo cual, ella se asomó preguntando entre la sombra: «quién está ahí? quién está ahí?» Y como un aguacero torrencial se desataba en esos instantes, respondí cantando:

Preguntas «quién está ahí»
Entre el furioso aguacero?
Llegar sólo puedo así
Yo que por Hana me muero,
Yo que me muero por tí!

A lo que Hana contestó:

Pruebas de que bien me adora
Me da el que así se aventura!
Llega pronto, pues ahora
Te premiará mi ternura!
En vez de la sombra obscura
Arde mi lámpara aquí,
Y el edredón que tendí,
Tibio, cual la lluvia es fría,
Promete dulce agonía
Al que se muere por mí!....

y agregó: Señor, dignaos pasar! Y con esas palabras, descorrió la cortina, abrió la puerta y mientras la brisa de su jardín me envolvía en el perfume de todas las flores, apareció ella, diciéndome: «Para serviros, señor, aunque no soy más que una pobre campesina!» Y al instante cogidos de la mano entramos al salón.... Pero su primera pregunta: «¿quién está ahí?» me había hecho temer que estuviera jugando con baraja doble.... Le volví la espalda y con gesto de reconvención le dije que tenía unas sospechas de que yo no era el único esperado y que esa idea amenguaba grandemente mi placer.... Pero ah! qué encantadora es Hana! Llegándose á mí, llena de melindres y de halagos, suspiró este canto en mi oído:

Por burlarme has encendido
En mí el amoroso fuego?....
Dime por qué, te lo ruego,
A mí te acercas rendido
Y huraño te apartas luego....?

Por qué estás enojado? Mi juego no es doble, te lo juro! Y luego preguntó que por qué no te había llevado, á tí, Tarókasha, conmigo; y al decirle por qué causa te habías quedado en casa, interrumpió: Pobre! qué solo y qué triste debe estar! Este es el caso de decir que «nadie sabe para quién trabaja» y que «á la sombra del fresno crece el mastuerzo».... Pobre muchacho! prometedme que sereis un buen amo para él ya que tan bien se ha portado! Eso es lo que Hana dijo de tí.... En cuanto á mi mujer.... en los cien años que tiene la vieja

zorra nunca se le había volado un pichón tan gordo! (movimiento frenético bajo el manto). Y luego la linda Hana me sirvió vino y pasteles; mutuamente nos hicimos beber hasta que mutuamente cansados, fuimos á reposar el mutuo cansancio. Pero eso sí, apenas rompió el alba y manifesté mi propósito de volver á casa, motivando que la linda Hana exclamara:

«Pensé haber dicho en el primer momento
Todo lo que anhelaba el alma mía!
Peró al oír tu «Adios» suspiro y siento
que no te he dicho nada todavía!

Mira, no seas malo! quédate otro poco!....
Imposible! exclamé yo; tengo que volver á casa!
Todos los templos suenan ya sus campanas.

«Y no tienen corazón los crueles bonzos que las tocan» prorrumpió Hana, «Y su hórrido *ding-dong, ding-dong*, es, además, una mentira, puesto que tocan el repique de madrugada cuando apenas es media noche (*). No ha cantado aún el pájaro del alba y solo han graznado las aves de la sombra! Pero á pesar de mis pesares y de los dulces argumentos de Hana, tuve que hacerme el ánimo:

Y me fui con el pecho destrozado,
Murmurando un «Adios» en mi amargura,
Por su dulce mirada acompañado
Entre las sombras de la noche obscura....

* * *

«Volví el rostro!.... á lo lejos murmuraba
Un tristísimo Adios el aura fría
Y en el cielo la luna se apagaba
Y mi amada ventura se perdía!....

(Prorrumpe en sollozos). Y así he vuelto; no es una inmensa desdicha? (Con llanto reprimido). Vamos! pero mi historia ha sido bien larga y tú debes estar muy molesto, pobre Tarókasha! quita ya ese manto de penitencia! Arrójalo, ya no tengo nada que decirte! Gracias! oh divinidades!.... Pero vamos! por qué no arrojas ese manto? ¿tendré que quitártelo yo mismo? Pues vamos.... (Tira del manto y bajo de él brinca su mujer).

ESCENA IX.

La Mujer. Ah infame, ah traidor! Burlarse así de mí! Irse en casa de Hana! Ah infame, ah traidor!

El Marido. Oh! eso no es cierto! Yo no he ido en casa de Hana! Yo estaba cumpliendo mi penitencia, yo....

La M. Qué insolencia! Qué descaró! Decir que hacia penitencia, cuando lo que ha hecho es decir que nunca se le había volado un pichón tan gordo á la vieja zorra! La rabia me ahoga! La ira me

(*) Sin pretender establecer comparaciones de todo punto inoportunas, imposibles, mejor, es curioso notar la sorprendente semejanza que los detalles de esta despedida ofrecen con los de la escena de Adios de Romeo y Julieta en la tragedia de Shakespeare, observando de paso que esta «pieza bufa» japonesa, es casi una centuria anterior á la obra del ilustre trágico.—J. J. T.

quema . . . Ah tunante, burlarse así de mí. (Persiguiendo á su marido alrededor del escenario).

El M. No es cierto, no es verdad! Nada he dicho de tí. . . . Perdón, perdón!!

La M. Ah! la cólera me mata! A dónde estabas, pues, bandido, pícaro, bribón!

El M. Mira! Cálmate y te lo digo! Estaba. . . . pues estaba rogando por tí y por mí. . . . por los dos! . . . en la pagoda de los Quinientos Discípulos. . . . en Tsukushi. . . .

La M. Ah! desvergonzado! ah bribón! en la pagoda de los Quinientos Discípulos? á doscientas leguas de aquí? . . .

El M. Perdón, perdón, perdón! . . .

(Sale de la casa á escape)

La M. Detenedlo! detened á ese mal marido, á ese pícaro sin religión. . . . á ese canalla sin principios. . . .

TELON.

Traducido del original japonés titulado genéricamente:

«NOU-KIYAU-GEÑ» por

JOSÉ JUAN TABLADA.

EL TIMBRE DE ALARMA.

Huberto estaba solo en el departamento. El tren á todo vapor corría. Quemaba las estaciones, cortaba el viento, saltaba los puentes y hendía las praderas. Se sumergía bajo los túneles y volvía á aparecer en los bosques llenos de luz. Alternaban sorudos vaivenes con la trepidación de los carriles, y el ruido de hierro de la carrera se modulaba en un ritmo obstinado, que obcecaba junto con el gorjeo de los vientos. Huberto, cuyos nervios estaban un poco irritados, porque estaba convaleciente, cometió el error de entregarse al análisis de las sensaciones especiales provocadas por el galopar del tren.

Viendo huir los árboles y los taludes en sentido inverso, y subir y descender los hilos del telégrafo, sintió á la larga una especie de vértigo. En ocasiones, un relámpago blanco lo deslumbraba: la casucha de un guardavías ó la rugosidad de un muro. Sombras de nube volaban sobre la tierra ó seguían caídas de sombras, como á la carrera, después de orlas de claridad. Hacía buen tiempo, la campiña estaba en flor, y los bosques, matizados aún de rojo, reverdecían. Parajes encantadores, paradas alegres, frescuras de descanso aparecían, fulguraban, desvaneciéndose luego. Y Huberto sufría casi con aquel desgarramiento rápido, con aquella sucesión de frívolos deseos y de nimios sueños, que el tren, en su carrera loca, mataba en él apenas nacidos.

Se absorbió, prefiriendo no mirar ya hacia fuera, en la contemplación del vagón: acariciaba suavemente el paño de los cojines, contaba las flores de las tapicerías, observaba el falso lujo anónimo del departamento de Primera que ocupaba. Sufría por estar solo. La presencia de otros viajeros, de viajeros constantes, sentados allí, ayer, y que subirían quizá en la próxima estación, le era evocada por los asientos vacíos. El olor á cuero de los cojines sugería la turba de sueños ahí dormidos, de existencias furtivas que habían atravesado aquel vagón. La impersonalidad del sitio, poblado de vagas remembranzas, lo obcecó como esos cuartos amueblados de hotel, donde no se duerme más que una noche.

A poco una inquietud aumentó su malestar. Las ventanillas triangulares parecían un ojo que espia-

ba. La idea de que se le pudiese observar le disgustó. Levantóse, y maquinalmente miró, por las pequeñas vidrieras, hacia los departamentos vecinos. Uno estaba desocupado. En el otro había dos personas: enfrente de una mujer, de la que no veía más que la nuca bajo un gran sombrero de paja, un hombre de porte vulgar platicaba, á la vez que comía un bizcocho. Casualmente encontró la mirada de aquel hombre, se creyó adivinado, sorprendido en flagrante delito de espionaje, y se ocultó lleno de confusión.

Abrió un libro y quiso leer, pero las líneas brincaban bajo sus ojos; las palabras, privadas de la magia que las anima y aviva su sentido, le parecieron sin vida, sin interés, muertas. Quiso pensar, pero la idea que creía tener comenzó á correr sin que lograrse alcanzarla, y le pareció entonces que se lanzaba tras ella con el ímpetu vertiginoso del tren. ¿En qué pensaba? se preguntó. Y se le figuraba atrapar al vuelo su idea, sin que lo consiguiera. Como desde su enfermedad tenía frecuentes pérdidas de memoria, creyó ver en aquel ligero accidente, una especie de decadencia precoz, y el malestar que experimentaba se tornó casi en angustia.

Reflexionando, se echó en cara su puerilidad y quiso dormir. Pero un zumbido ritmado llenaba sus oídos de ondas sonoras; pareciale zozobrar entre olas estruendosas, en medio de estrépitos de tempestad; precipitado al mar así borbotaría el agua, furibunda y rugiente en sus oídos. Y de aquella sugestión surgía, aunque improbable, un sentimiento de peligro.

Volvió á abrir los ojos: ásperos silbidos, estridentes y largos, escapados del tren loco, simulaban un grito de angustia. Pensó Huberto en un choque de trenes, en la sacudida horrible y en el aplastamiento asqueroso que sería aquél, bajo un sol de Abril, bajo el cielo azul y fresco, donde flotaban nubes blancas y ligeras. De un vistazo abarcó el nítido paisaje, y un enternecimiento casi mórbido le empapó de lágrimas los ojos, hizo correr el calorfrío á lo largo de su espalda. Decididamente, la so-

edad en nada le aprovechaba; pensaba mucho, y en cosas malsanas. Fastidio ó distracción, más le habría valido la compañía de otros viajeros.

Se puso triste: cuando de esa manera se abandonaba á sí mismo, sus pensamientos tornábanse sombríos. Aunque no tuviese una razón particular para ser desgraciado, una postración de debilidad y de impotencia lo amagaba, revivía en él la tristeza de tentativas frustradas, de esperanzas traicionadas, enturbiaba su alma el fango removido. Entonces meditaba en lo poco que la vida vale, y cuán pronto pasa y va á arrojarse, lentamente ó con saltos bruscos, á la muerte.

La muerte, á veces informulada, callada, ahogada en él, era la que formaba el fondo de sus ensueños turbios como todo lo misterioso y terrorífico que se ve agitar en la noche, en un fondo de tinieblas: rumor de un paso, roce de una presencia. Frecuentemente, parecíale que la muerte estaba allí, como un sér material, tras él, que le soplabá en el cuello, y presa de indecible terror, permanecía quieto, encogido, no osando volver la cabeza.

El tren corría más aprisa, siempre más aprisa; y había en aquella rapidez algo de inexplicable, de ilógico, cuya obsesión empujaba á la pesadilla. Las ondas sonoras precipitaban su ritmo martillado. El vagón temblaba y jadeaba; campos, bosques, aldeas, ríos, no aparecían ya más que como imágenes de limbos, á través de una nube de ceniza y de humo. Puesto el sol, todo, súbitamente se ennegreció. Parecíale á Huberto que su vista disminuía; sintió frío en el alma. ¿Qué significaba aquella fuga desolada, sino el ímpetu simbólico de una vertiginosa carrera hacia la muerte?

Y era verdad: de una ó de otra manera, Huberto rodaba hacia el abismo; cada segundo, cada vaivén, cada rugido lo aproximaba á la caída, como el hombre arrastrado en las enormes aguas del Niágara ve desvanecerse las riberas, correr el cielo, oscilar el mundo, y se hunde, pavesa girante de catarata. Lanzó un grito, y con el corazón palpitante, con las sienas convulsas, cayó, se sintió literalmente caer en la sima, como en sueños, y asombrado de vivir aún, se encontró, algunos instantes después, todo lastimado por un quebrantamiento imaginario, sobre los cojines.

Maquinalmente, su mano hurgó en un saco de viaje buscando un frasco de sales ó de éter: no encontró nada. Entonces su angustia cambió de carácter; volviendo instintivamente la vista hacia el timbre de alarma que se suena en los casos desesperados, había pensado: «Supongamos que me sintiera mal, que fuera á desfallecer: tendría el recur-

so de llamar.» Pero no lo había acabado de pensar, cuando la imposibilidad de llamar lo confundió con una evidencia sin réplica: «Me atrevería, aún moribundo, á sonar ese timbre, á detener el tren lanzado á toda velocidad, á afrontar el espanto, la sorpresa de los empleados y de los viajeros? Sería un desorden terrible.»

¡Pensamiento impertinente! ¡importuno análisis! Desde que concibió la idea de que podría, si quisiera, librarse de su absurda y horrible angustia, haciendo detener el tren, le atenaceó el corazón un deseo loco, acompañado de una impulsión irresistible. Se decía: «Si un asesino se introdujese aquí, en este instante, y se arrojara sobre mí, ¿vacilaría yo acaso?» Y luego esta duda, más enloquecedora aún que semejante terror: «Pero, ¿sonaría el timbre? ¿Funcionaría el mecanismo? ¿Llegarian á tiempo para salvarme?»

Dicho esto, fué perdido: la necesidad de *saber*, de saber inmediatamente, á cualquier precio, lo hostigó con un deseo de mujer preñada. Y aunque se decía: «Soy ridículo, lo que hago es idiota,» se levantó á sonar el timbre. Todavía ante él, se dijo, como herido por el vértigo, entre el estruendo y el galope del tren: «Pero, ¿por qué, por qué hago esto, estoy loco acaso?» Y así pensando, frenéticamente, desesperadamente, tiraba del puño de cobre hasta arrancarlo, en una horripilación exquisita y atroz.

Hecho lo cual, y satisfecho su impulso, tornó á sentarse, tranquilo; se había hecho en él un gran silencio; y le volvía su aplomo. En el estribo, é inclinándose, espíó con desinteresada curiosidad lo que iba á suceder como si se tratase de un extraño. Bruscamente apretados los frenos, patinó el tren un centenar de metros y murió lentamente, en medio de espantosa sacudida. Precipitábanse las cabezas, alarmadas, fuera de los vagones. Al inspector que acudía, respondió Huberto con mucha flemma:

—Me fastidiaba, y quería cambiar de vagón.

Lo que ejecutó, con bastante tranquilidad, subiendo de preferencia á un departamento donde había señoras.

Llegado á Lyon, se le hizo sufrir un interrogatorio; ¿era un loco ó un pésimo bromista? Interpelado por el jefe de estación para que justificara su acto, respondió con aire cortés, discreto y evasivo, pero un poco fastidiado:

—Era para ver si se detenía el tren.

Como era rico, bien emparentado, y daba altas referencias, fué absuelto mediante una fuerte multa que pagó galantemente.

Y desde entonces evita viajar solo.

PAUL MARGUERITTE.



LAS TRES APOTEOSIS DE MARGARITA.

I AURORA.

Era la juventud, mi mente ardía,
La sangre mis arterias martillaba,
Y mis potencias férvidas llenaba
La expectación de un suspirado día.

Sediento de ideal y poesía,
Con fulgores y esencias me embriagaba,
Y loco por la gloria, deliraba
Con lauro y luz para la frente mía.

Súbito, del oriente de alba pura
Donde el ensueño dibujó sus trazos,
Surgió una virgen de sin par blancura,

Y de nubes y luz venciendo lazos,
Bajó hasta mí radiante de hermosura
Y *¡te amo!* dijo, y me tendió los brazos.

II CENIT.

Ebrio de amor la recibí de hinojos,
Y ella, para pagar ternura tanta,
Todo el perfume de su vida santa
Me dió en el cáliz de sus labios rojos.

Y de lauro ciñendo mis antojos,
Me cercó de esa fe que todo encanta,
Y flores arrojó bajo mi planta,
Y me envolvió en la gloria de sus ojos.

Égida invicta contra el duelo impío,
Mis tristes noches esmaltó de albores
Y llenó de honra y prez el hogar mío;

Yo un altar la erigi de mirto y flores,
Y al rendir á sus plantas mi albedrío,
La coroné con todos mis amores.

III OCASO.

¿Cómo, ensueño, en lo azul te deshiciste?
¿A qué estrella, ilusión, tendiste el vuelo?
¡Qué paraíso con tu amor el suelo!
Y el vasto mundo sin tu amor ¡qué triste!

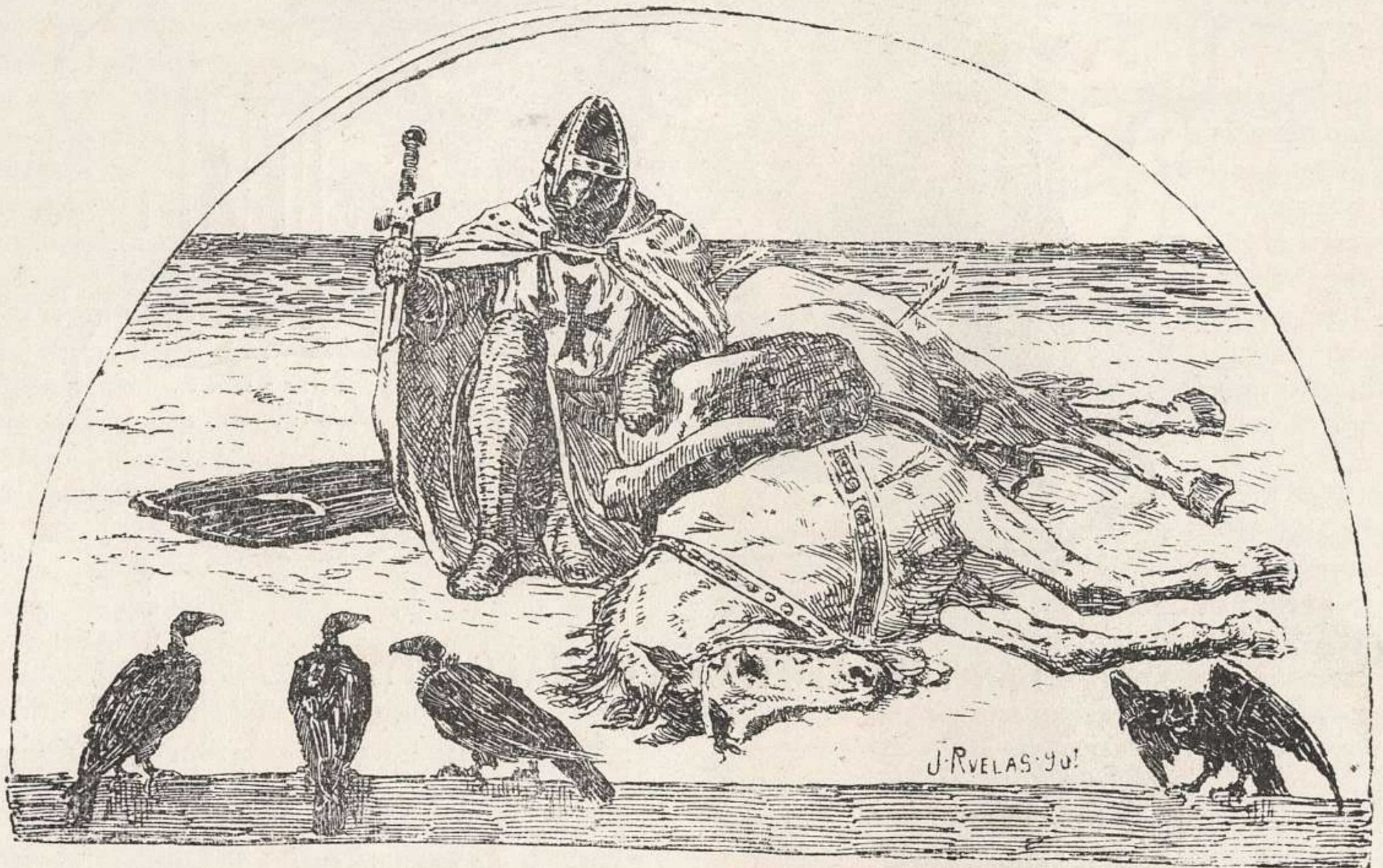
Como el sol al morir púrpura viste,
Cuando rasgaste de la vida el velo,
Estallar pareció el zafir del cielo
En un volcán de luz, donde te hundiste.

Con pálido fulgor de lloro ardiente
Orné tu sien de nítido alabastro.
Y con mis lauros tu ala refulgente;

Y, de todo placer perdido el rastro,
Sólo quedó en la noche de mi mente
Tu recuerdo, brillando como un astro.

Guadalajara, Diciembre 27 de 1900.

JOSÉ LÓPEZ PORTILLO Y ROJAS.



TRES SONETOS.

I

FE.

Faro de los abismos, alba pura
De un santo amanecer, que en alto brillas,
Luz de las almas buenas y sencillas
A quienes sed de inmensidad apura:

Por tí, cercado de la noche obscura,
Triunfos canto y espero de rodillas
La explosión de soñadas maravillas
En los hondos arcanos de la altura.

Mi fuerza es el amor, afán sagrado,
Mis alas son las ansias del deseo
Y mi suspiro un himno á lo ignorado;

Y en pos de un sol que siento, aunque no veo,
Ante el Misterio augusto confiado,
Beso el humilde polvo, adoro y creo.



II

ESPERANZA.

No hubo desdicha ni pasión bastarda
 Que no me hiriesen con su dardo impío:
 Desengaño, dolor, desdén y hastío
 La tumba abrieron que mis sueños guarda.

La paz que tanto en sonreírme tarda,
 Es el laurel que fatigado ansío,
 Como la tierra que abrasó el estío
 Frescor de lluvia con afán aguarda.

¡Perecer es triunfar! La tumba es puerta
 Al infinito y á la luz abierta
 En esta cárcel de baldón y escoria.

¡Venid, penas y abrojos de la vida,
 De pie os aguardo, con la frente erguida,
 Que es el dolor crisálida de gloria!



III
CARIDAD.

Cobija el mundo con florido manto
Del existir la misera agonía,
Mas el sollozo — tímida elegía —
En el alma penetra más que el canto.

Nunca pensé que se llorara tanto
Bajo la dulce esplendidez del día:
¡En el fondo de amor del alma mía,
Infinita piedad hay para el llanto!

Señor, concede sombra al peregrino,
Amparo al niño sin hogar ni madre
Y paz á todo aquél que sufre angustia;

Mas si llorar es su fatal destino,
Cuando los llares á tu seno ¡oh Padre!
Corona de astros su cabeza mustia.

Octubre 15 de 1899.

JOSÉ LÓPEZ PORTILLO Y ROJAS.